

CAPITULO 8

ANHELANDO ALGO MAS

Me gusta mucho la comida china picante. Cuando ordeno mis platillos me gusta que estén tan picantes como deben estar. Sin embargo, en una ocasión me propasé. Cuando el mesero me trajo el plato humeante, me advirtió: "No coma los pimientos rojos." Pero no haciendo caso, mordí, el que debe haber sido el pimiento más picante de todo el mundo. Con lágrimas fluyendo de mis ojos, agarré mi vaso y bebí desesperadamente toda el agua. Al seguir comiendo pedí que llenaran mi vaso una y otra vez. A la cuarta vez, el mesero estaba visiblemente perturbado. "Lo siento," me disculpé, "pero estos pimientos sencillamente son demasiado para mí."

En ese momento, el mesero fue apresuradamente a la cocina, regresó a nuestra mesa, y puso de golpe enfrente de mí una jarra llena de agua fría. "Gracias," le dije avergonzado, "Creo que con esto será suficiente."

La experiencia de aquel día me recuerda una realidad espiritual que como imágenes de Dios todos nosotros enfrentamos. En los capítulos anteriores de este libro vimos cómo Adán y Eva nos dejaron con una ardiente necesidad de alivio de la corrupción del pecado. Dios proveyó bebidas refrescantes en los días de Noé, Abraham, Moisés y David, pero estas porciones de agua no pudieron satisfacer totalmente nuestro anhelo de ser restaurados a la dignidad. Quedamos aún sedientos por más. Necesitábamos una jarra gigante de agua, algo mucho mayor que lo que el Antiguo Testamento nos ofrece.

En este capítulo revisaremos los dones que Dios dio en el Antiguo Testamento para ver qué efectos han tenido en la vida humana. Todas las bendiciones de Dios nos han ayudado en muchas maneras, pero los tesoros del Antiguo Testamento son incapaces de proveer todo lo que necesitamos. No nos pueden llevar a la restauración total como imágenes de Dios, sino que nos dejan anhelando una obra de Dios en nuestro favor aún más grande.

DOS EFECTOS DE LAS BENDICIONES DE DIOS

Hace como cinco años, un buen amigo mío donó una computadora para mi departamento en el seminario. Pusimos a un lado nuestra vieja máquina de escribir y conectamos nuestra primera computadora de la oficina. "¡Miren qué rápida es!" un estudiante comentó siendo partícipe de nuestra emoción. Era increíble: corrección ortográfica automática, edición en unos cuantos movimientos de teclas, impresión en sólo segundos. Apenas el día anterior estábamos esclavizados al corrector líquido. Ahora habíamos entrado al mundo del procesamiento electrónico de palabras. Mi secretaria se reclinó hacia atrás en su silla y dio un suspiro de alivio. "Esto va hacer que mi trabajo sea mucho más fácil," dijo ella.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que nuestra emoción inicial se disipara. Estando de pie enfrente de la misma computadora dos semanas después, nos preguntábamos qué había pasado. Los montones de papeles no habían desaparecido; mi secretaria tenía menos tiempo que antes para relajarse y en su rostro se podía ver que no estaba feliz.

¿Qué pasa? le pregunté aquella tarde. "Pensé que la computadora haría más fácil tu trabajo."

"Puedo trabajar con mayor rapidez," respondió. "Pero usted ha compensado esto al darme más trabajo de lo acostumbrado."

Las computadoras pueden tener dos efectos en el trabajo de oficina. Pueden hacernos felices al aumentar la rapidez de la producción, pero también pueden incrementar nuestra carga de trabajo. Si no somos cuidadosos en manejarlas apropiadamente, las computadoras pueden hacer nuestra vida miserable.

De manera muy similar, los dones de Dios en el Antiguo Testamento producen resultados tanto positivos como negativos en nuestras vidas. Dios diseñó que Sus dones en los días de Noé, Abraham, Moisés y David engrandecieran nuestra dignidad; estos nos impulsaron hacia adelante en nuestro llamado para la multiplicación y dominio. Pero si no somos cuidadosos en manejarlos apropiadamente, pueden terminar haciéndonos daño. En vez de ayudarnos a alcanzar nuestra meta como imágenes de Dios, pueden hundirnos aun más en la indignidad.

Pablo discutió este doble punto de vista de las bendiciones del Antiguo Testamento en el séptimo capítulo de Romanos. Este pasaje se concentra específicamente en la Ley de Moisés, sin embargo ofrece una perspectiva que se aplica también al resto de los dones de Dios.

Para comprender la perspectiva de Pablo, debemos comenzar viendo su actitud positiva hacia la ley. El, vigorosamente negó que la ley era imperfecta. "¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera" (Rom. 7:7). El don de Dios dado a través de Moisés era un tesoro precioso: "La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (v.12). Dios tenía la intención de traer vida a través de la ley (v.10), y Pablo acertadamente se deleitaba en ella (v.22). Pablo confirmó la antigua declaración del salmista: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo . . . Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal" (Sal. 19:7,10).

¿Cuáles fueron los efectos de esta benevolencia hacia la humanidad? ¿Cómo influyó la ley la vida humana? Esta tuvo tanto efectos positivos como negativos. Por un lado, nos aleja de la destrucción del pecado: "Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás (Rom. 7:7). El pecado deja espiritualmente ciegos a los seres humanos, incapaces de distinguir el bien y el mal por cuenta propia. La ley nos ayuda a identificar el pecado. Nos advierte de acciones y actitudes que nos dañan y nos dirige hacia una vida fructífera.

Los beneficios provenientes de los preceptos de Moisés llegan a ser obvios cuando vemos lo que ocurre cuando la gente los ignora. ¿Los asesinatos engrandecen nuestras vidas? ¿La inmoralidad fortalece nuestro carácter? ¿El servir a ídolos nos eleva a niveles más altos de existencia? Por supuesto que no. Necesitamos la ley para guiarnos a través de la vida. Es el faro de la perfección moral de Dios en un mundo lleno de tinieblas. El resplandor de la ley ayuda a las imágenes de Dios a encontrar el sendero hacia una vida sabia. Sin importar qué más podamos decir, debemos recordar siempre que la Ley de Moisés ha traído muchas bendiciones positivas al mundo.

Por otro lado, la ley tuvo consecuencias negativas. En vez de traer vida como Dios había dispuesto, "resultó para muerte" (Rom. 7:10). La guía hacia la bendición vino a ser una maldición.

¿Qué pasó? ¿Cómo fue que las leyes que era más dulce que la miel se volvieron amargas? La Ley de Moisés se convirtió en una maldición porque la gente pecaminosa abusó de ella. Pablo lo dijo de esta manera: "Porque tampoco conociera la codicia si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto" (Rom. 7:7-8).

Necesitamos la ley de Dios para distinguir el bien del mal, pero el problema empieza una vez que entendemos la diferencia entre el bien y el mal. Vemos la senda que debemos seguir pero el pecado opera maldad en nuestros corazones. Mientras más claramente conocemos lo que es bueno más nos vemos tentados a ir en la dirección opuesta.

En muchos respectos, la ley de Moisés es como un letrero de "Pintura Fresca." Los pintores ponen su letrero para proteger tanto su trabajo como nuestra ropa. Si lo obedecemos estaremos contentos, pero si lo ignoramos, nos pesará mucho. Dios nos dio su ley por la misma razón. El puso sus requerimientos morales para advertirnos de los peligros del pecado y para mostrarnos el camino hacia la vida honorable.

Pero ¿Qué pasa cuando vemos un letrero de "Pintura Fresca"? A veces hacemos caso a su advertencia y nos mantenemos alejados. Pero muy a menudo, una curiosidad inexplicable se apodera de nosotros. Nos detenemos y notamos paredes y puertas que en otras circunstancias hubiéramos ignorado. "Mira esa banca, ¿Estará la pintura todavía fresca?" nos preguntamos. "Creo que lo verificaré." A pesar de la clara advertencia, estiramos la mano y tocamos.

Esta es la manera como la ley ha producido efectos negativos. Dios dio su ley para ayudarnos, pero a medida que entendemos sus instrucciones nos vemos atraídos a la desobediencia. El pecado cobra vida y quebrantamos las reglas de Dios aún más. En lugar de cosechar beneficios positivos de la guía de la ley, avanzamos más hacia la indignidad.

El análisis de Pablo con respecto a la Ley de Moisés se aplica a todos los dones de Dios en el Antiguo Testamento. Dios los diseñó para nuestro beneficio y nos ayudaron de maneras notables. Sin embargo, la manera en que respondemos a ellos los convierte en maldiciones. En nuestras manos pecaminosas, las bendiciones maravillosas de Dios son cambiadas completamente, dejándonos con una necesidad aun mayor de la gracia de Dios. Para comprender como esto es cierto de todas las bendiciones del Antiguo Testamento, daremos un vistazo a los dos efectos de los dones que Dios dio a través de Noé, Abraham, Moisés y David.

LOS DOS EFECTOS DE NOE

"Cómo desearía nunca haberle dado ese automóvil," la madre desesperada dijo llorando al sentarse junto al ataúd de su hijo. Hacía un mes que ella le había dado a su hijo Bobby un carro usado para que se transportara de la escuela al trabajo. Todo estuvo bien por un tiempo, pero dos días antes, Bobby había estado bebiendo con unos amigos. De regreso a casa chocó de frente con un terraplén y cayó en un precipicio profundo. Los tres jóvenes murieron al estallar el carro en llamas.

"Supuestamente el auto lo ayudaría para ir a la escuela," la mamá de Bobby sollozó. "¡Pero mira que ha hecho, mira que he hecho!"

La inconsolable madre sabía que el auto que había dado a su hijo había hecho posible que él trabajara. Pero en realidad no lo ayudó. Su regalo terminó por matarlo.

En el capítulo 4 de este libro, vimos que Dios dio a la humanidad una gran oportunidad en los días de Noé. Los seres humanos se habían corrompido brutalmente trayendo una avalancha de violencia sobre el mundo. Dios purificó su tierra de la perversidad, rescató a Noé el justo y a su familia, y por gracia, formó un mundo estable en donde la gente pudiera vivir y trabajar como Sus imágenes. Dentro de las estructuras de este nuevo orden natural predecible, pudimos trabajar hacia la multiplicación y dominio exitosos.

¿Cuál fue el resultado de este don? ¿Cómo nos ha afectado? Cuando miramos a nuestro alrededor, vemos que la estabilidad concedida por Dios ha producido dos resultados.

Primero, Dios nos ha capacitado para hacer muchos usos positivos de la bendición de Noé. La historia deja en claro que el carácter predecible de la naturaleza ha beneficiado grandemente a la imagen de Dios. Todos los adelantos en la civilización han dependido de la estabilidad que Dios prometió a Noé hace mucho tiempo.

Fácilmente olvidamos cuánto enriquece nuestras vidas el pacto de Dios con Noé. Crecemos estando tan acostumbrados al orden de la creación que actuamos como si esto fuera algo automático, algo inherente en la naturaleza misma. Pero en la medida en que los científicos aprenden más acerca del mundo, vemos con mayor claridad que el universo no es autosuficiente. La naturaleza es frágil, constantemente balanceándose al borde del desastre. Rupturas de la cadena alimenticia, contaminación de las aguas, cambios atmosféricos, y una multitud de otros problemas ambientales modernos demuestran dramáticamente que la tierra necesita el cuidado constante del Creador. Los alimentos que comemos, el aire que respiramos, las calles por las que caminamos, los autos que conducimos, los libros que leemos, los edificios que erigimos, las universidades que establecemos, todas estas cosas buenas en la vida, han sido posibles porque Dios constantemente sostiene un lugar seguro para que la humanidad pueda multiplicarse y ejercer dominio. Al reflexionar sobre las bendiciones de Dios en los días de Noé, debemos estar completamente asombrados de su tremendo valor.

No obstante, el pacto de Dios con Noé tuvo un segundo resultado. Dios entregó este mundo estable en manos de gente pecadora. No meramente hemos usado Su bendición, sino que también hemos abusado de ella. Como resultado, el orden de la naturaleza también ha venido a ser una maldición para nosotros.

La manera más simple en la que pervertimos el don de Dios es desperdiciándolo. La regularidad de la vida nos adormece en complacencia. Tratamos el tiempo como si fuera una mercancía abundante. "¿Por qué hacer hoy lo que puedo hacer mañana?" nos preguntamos.

Acabo de recibir la noticia de que la décimo segunda reunión de mi clase graduanda de la escuela superior es el próximo año. "¡Es imposible!" pensé. "¡No puedo estar tan de viejo!" A pesar de mis protestas, esto es cierto. La vida pasa tan velozmente como un jet supersónico. A medida que me acerco a los cuarenta años va siendo cada vez más claro para mí que el tiempo es una mercancía preciosa. Dios, en su mundo estable, no nos dio el tiempo para que lo desperdiciáramos. El espera que usemos nuestras breves vidas para servirle a nuestra máxima capacidad.

Pero el desperdicio del tiempo no es nuestro peor problema. Podemos lidiar con eso. Nuestro mal manejo de los dones de Dios para Noé va mucho más lejos. No simplemente fallamos en usar nuestra oportunidad, sino que también vigorosamente las mal usamos. Tomamos la regularidad de la vida como una oportunidad para inventar maneras de traer indignidad sobre nosotros mismos.

Europa del siglo XVII dio a luz un movimiento filosófico conocido como la Ilustración. Los avances científicos de aquel entonces hicieron del orden y el carácter predecible del universo, el centro del aprendizaje humano. El optimismo acerca del futuro creció cuando las investigaciones científicas del mundo trajeron grandes resultados. Una utopía científica y racional estaba en el horizonte para la humanidad.

Desde el siglo XVII han habido muchos cambios filosóficos en el Occidente, pero una suposición de la Ilustración todavía es popular. La mayoría de la gente todavía pone sus esperanzas para la humanidad en la regularidad de la naturaleza. La solución para nuestros problemas radica en trabajar con el orden natural del mundo. Mientras más desenterremos y administremos su potencial, mejor será nuestra vida.

Nuestro interés moderno por el avance científico es importante. Es el reflejo del plan de Dios de que la raza humana tenga dominio. Pero debemos ser precavidos para no caer en un optimismo ingenuo con respecto a los resultados de nuestra obra. Dios proveyó un orden natural regular que hace posible que se tengan avances, pero ¿Qué hacemos con esta oportunidad? La torcemos para nuestra propia destrucción.

En una ocasión hablé con un doctor cristiano quien señalaba de qué manera la ciencia médica pervierte a menudo la estabilidad natural. "¿Sabía usted" me preguntó, "que utilizamos el mismo conocimiento para alimentar la vida en el útero como para destruirla?" Los avances en el cuidado prenatal también han conducido a técnicas más efectivas de aborto. Mientras más aprendemos para poder hacer el bien, tenemos más a nuestra disposición para hacer el mal."

Un análisis similar se aplica a toda área de la cultura humana. El mismo talento que crea una obra maestra musical también produce los espectáculos degradantes de un video musical vulgar. La tecnología que nos da energía nuclear también produce armas de destrucción masiva. Si somos honestos al mirar a nuestro alrededor, tenemos que admitir que de una u otra manera, los avances en la cultura también tienen consecuencias negativas. Usamos el mundo ordenado de Dios para inventar formas de corrompernos.

El don de Dios para Noé era bueno. Nos ha beneficiado de muchas maneras. Pero el orden del universo nos es suficiente para hacer de nosotros lo que Dios había diseñado que fuéramos. Desperdiciamos y pervertimos nuestras oportunidades. Por esta razón, debemos mirar más allá del orden natural para encontrar la dignidad de la imagen de Dios. El don de Dios para Noé nos deja anhelando algo más.

LOS DOS EFECTOS DE ABRAHAM

Joey tenía muchos privilegios, él era el hijo del pastor. El podía pararse en el púlpito y hacer como si estuviera predicando. Podía jugar con el órgano del santuario cuando él quisiera. Jugaba baloncesto en el gimnasio de la Iglesia todas las noches. Era fabuloso ser el hijo del pastor.

Pero un día Joey abusó de su privilegio. "Vengan" susurró a sus amigos que estaban parados bajo la luz de la calle. "Mi papá es el pastor. No hay problema."

Los niños entraron a la Iglesia por una ventana y comenzaron a hacer un alboroto. Se arrojaron himnarios el uno al otro, pusieron el púlpito de lado, y nadaron en la piscina bautismal. Cuando los niños estaban haciendo carreras en el pasillo principal gritando a voz en cuello, las puertas de la iglesia se abrieron intempestivamente. Allí estaba parado el papá de Joey.

"Están en serios problemas, niños," el pastor gritó mientras veía fijamente a los jovencitos.

"¡Yo no! ¿Verdad papá?" Joey preguntó confiadamente.

"Joey, tú más que cualquier otro."

"Pero si yo soy tu hijo," protestó Joey.

"Sí, tú eres mi hijo" el padre admitió. "Por eso debiste haber sabido que estaba mal lo que hicieron"

Joey aprendió una dura lección aquel día. Ser el hijo del pastor le traía muchos privilegios, pero cuando él abusó de esos privilegios se metió en serios problemas.

En el capítulo cinco miramos la vida de Abraham y vimos que él también recibió un privilegio especial. Dios escogió a él y a su familia para recibir algo que permaneció oculto para las otras naciones. El le mostró a Abraham cómo tener éxito en la multiplicación y el dominio sobre la tierra. Abraham aprendió la necesidad de confiar en el poder divino, de esperar pacientemente en Dios, y de perseverar en servicio fiel para El.

Estas revelaciones fueron dones maravillosos. Le dieron a Israel la ventaja de conocer qué debe hacer cada persona para ser restaurado a la dignidad. Sin embargo, los efectos de esta bendición no fueron enteramente positivos. El privilegio de Israel también los puso en serios problemas.

¿Qué beneficios positivos vinieron de la posición especial de Abraham ante Dios? Para empezar, la elección de Abraham hecha por Dios condujo a la fundación de Israel como nación. Debido a que Abraham respondió apropiadamente a los requerimientos de Dios, Sara dio a luz a Isaac. Los nietos de Isaac llegaron a ser las cabezas de las doce tribus de Israel. En unas pocas generaciones, el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento creció tremendamente en número. El don de la revelación de Dios a Abraham resultó en la creación de la nación judía.

Además de esto, Israel vino a ser el instrumento de Dios para la redención de todo el mundo. Como Dios lo dijo a través de Moisés: "Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa" (Ex. 19:4-6).

Todas las naciones de la tierra habrían de aprender el camino de Dios a través del testimonio de los descendientes de Abraham. Si no fuera por ellos, los gentiles hubieran estado condenados para siempre a la obscuridad del paganismo.

A través de los siglos, mucha gente ha intentado menospreciar el papel de Israel en la historia de la humanidad. En vez de estar agradecidos a los descendientes de Abraham, ellos los han culpado de sus propios males religiosos, económicos y sociales. Si

estas mentiras ridículas no fueran peligrosas serían risibles. El anti-semitismo ciertamente no tiene justificación histórica. Es provocado por ignorancia y estupidez.

En realidad, la nación judía ha traído bendiciones inmensurables para el mundo. Sin duda alguna, los judíos no han sido perfectos. Se han alejado de su Dios, una y otra vez. De hecho, la vasta mayoría de los descendientes físicos de Abraham han rechazado aun a su hijo más grandioso, Jesús. No obstante, la nación judía fue el instrumento de Dios para bendecir a todo el mundo.

Vemos los beneficios del privilegio de Abraham en muchos aspectos de la cultura occidental. A menudo describimos nuestros altos ideales culturales como una expresión de la herencia judeo-cristiana. ¿Qué elementos positivos en la sociedad moderna no provienen de este trasfondo? Ideales tales como justicia, libertad, caridad, y amor son el resultado de la posición especial que Abraham y sus descendientes gozaron delante de Dios.

Por supuesto, el beneficio mayor de la relación de Dios con Abraham es el evangelio mismo. Nunca debemos olvidar qué estaban haciendo las otras naciones mientras Abraham estaba circuncidándose en devoción al Dios verdadero. Mis antepasados estaban adorando rocas y en busca de demonios. ¿Qué estaban haciendo los suyos? Algo parecido, estoy seguro. Pero mírese ahora. Su fe en Cristo es prueba de cuan enormemente los Judíos han bendecido a las naciones de la tierra. Jesús, el Salvador del mundo, vino del linaje de Abraham. Los apóstoles que esparcieron el evangelio también eran judíos. La influencia mundial del evangelio resultó de la revelación de Dios a Abraham: "Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3). ¿Qué resultado positivo mayor podría haber?

Sin embargo, a pesar de estos beneficios, la bendición de Abraham también condujo al fracaso y a la maldición. Sus descendientes tomaron su lugar privilegiado en el plan de Dios como licencia para vivir como quisieran. Casi todos los libros del Antiguo Testamento atestiguan el abuso persistente que Israel hizo de sus privilegios. La gente refunfuñó después de que Dios los liberó de Egipto. Se olvidaron de El durante el período de los Jueces. La nación cayó en apostasía repetidamente bajo los reyes.

¿Por qué los judíos fallaron de esta manera tan terrible? La causa primaria de la rebelión de Israel es evidente en una escena del Nuevo Testamento. Cuando Juan el Bautista estaba preparando el camino para el Mesías le predicaba a Israel: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. 3:2). Muchos Judíos vinieron al Señor, pero otros se rehusaron. ¿Por qué no se arrepintieron? Los judíos rechazaron las advertencias de Juan porque se sentían seguros como los herederos de las promesas de Abraham. "¿De qué nos tenemos que preocupar? se preguntaban unos a otros. "Nosotros tenemos el pacto de Dios con Abraham. Somos sus hijos privilegiados."

Pero Juan el Bautista se opuso vigorosamente a este punto de vista. El les dijo: "No comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras" (Lc. 3:8).

Juan advirtió a aquellos judíos infieles que les aguardaba juicio severo, no bendición. "Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego" (Lc. 3:9) El privilegio de Israel condujo a licencia, la licencia condujo al pecado, y el pecado condujo a juicio.

Los privilegios que tenemos como cristianos han causado que vivamos con las mismas suposiciones. Sin fin de personas se alejan de su compromiso con Cristo convencidos de que nada malo pasara. Encontramos esta actitud en todas nuestras iglesias. "Soy miembro de la iglesia," un hombre me dijo, "no tengo nada de que preocuparme." "Voy a la iglesia todos los domingos," insisten otros. "Doy clase de Escuela Dominical y canto en el coro," dicen aun otros. Pero debemos recordar las palabras de Juan el Bautista. Dios puede levantar miembros de iglesia aun de las piedras.

El problema de tener privilegios es que abusamos de ellos. Una vez que pensamos que somos especiales ante los ojos de Dios, creemos que podemos hacer cualquier cosa que queramos. Pero nada podría estar más lejos de la verdad que eso. La presunción no nos conducirá a la bendición, sino que sólo nos pondrá bajo el juicio de Dios.

Las bendiciones de Dios en los días de Abraham fueron maravillosas. Ellas establecieron un pueblo privilegiado, honrado con el conocimiento del camino de salvación para la imagen de Dios. Sin embargo, estas personas privilegiadas volvieron sus bendiciones en maldiciones. Aunque Dios nos dio mucho en Abraham, la imagen de Dios todavía necesita más para poder alcanzar la restauración total a la dignidad.

DOS EFECTOS DE MOISES

"¿Cuánto le gusta su trabajo?" le pregunté al mecánico mientras reparaba los frenos de mi carro.

"Bastante," respondió, "pero déjeme decirle algo. Este es el tipo de trabajo que no puedes dejar a medias. Si no terminas bien tu labor, realmente puedes lastimar a alguien."

No hay mucha diferencia si dejas incompletos algunos tipos de trabajos, por ejemplo, limpiar la casa o escribir un ensayo. "La mitad es mejor que nada" nos decimos al detenernos para darnos un descanso. Pero tenemos que terminar algunas tareas porque si no, éstas crean peligros serios: reparación de frenos, instalación de un cable eléctrico, o procedimientos médicos.

En el sexto capítulo de este libro vimos la tarea que las imágenes redimidas de Dios tenían que cumplir. A través del ministerio de Moisés, Dios preparó a Israel para ganar la victoria en la guerra contra los cananeos. Este llamado a la conquista era una bendición tremenda para el pueblo de Israel, pero también los puso en una posición peligrosa. El conseguir la victoria les traería muchos beneficios, pero dejar esta tarea inconclusa les traería perjuicio. Por esta razón, Dios le mostró a Josué cómo mantener la fortaleza y el ánimo durante la conquista de Canaán. Josué tuvo que recordar su propósito en la vida, debía seguir la Ley de Moisés, y poner atención a la presencia de Dios a través de la adoración y la oración.

Inicialmente, la campaña de Israel tuvo un éxito extraordinario. Con raras excepciones, el pueblo de Dios se mantuvo consciente de su propósito, observó la Ley de Moisés, y dependió de la presencia de Dios. Como resultado, Josué y la gente conquistaron a sus enemigos y descansaron en su nueva tierra. A través de sus victorias iniciales, el pueblo de Dios encontró un lugar en donde podían multiplicarse y tener dominio como nunca antes. En este sentido, Dios trajo grandes beneficios a su pueblo.

Sin embargo, a pesar de estas bendiciones, Israel reaccionó a su llamado a conquistar de una manera que dañó seriamente a la imagen de Dios. Dios había ordenado claramente que Israel destruyera a todos los cananeos. Como le dijo El a Moisés: "Cuando Jehová tu Dios te hay introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla y haya echado de delante de ti a muchas naciones . . . Y Jehová tu Dios las haya entregado delante de ti, y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia" (Dt. 7:1-2). Aquellos que habían corrompido la tierra de Canaán debían ser totalmente destruidos.

Sin embargo, después de la muerte de Josué, Israel perdió la visión de la necesidad de completar la conquista. Los capítulos iniciales del libro de los Jueces nos relatan lo que ocurrió (Jue. 1:1-2:5). Una tras otra, las tribus fracasaron en sacar a todos los cananeos.

Los israelitas nunca destruyeron completamente a sus enemigos. Si lo hubiesen hecho, el llamado de Dios a la guerra hubiera sido bendición pura para Su pueblo. Israel hubiera experimentado prosperidad sin límites en la tierra. Pero dejar este trabajo a medias les trajo serios problemas:

"Y la ira de Jehová se encendió contra Israel, y dijo: Por cuanto este pueblo traspa mi pacto que ordené a sus padres, y no obedece a mi voz, tampoco yo volveré más a arrojar de delante de ellos a ninguna de las naciones que dejó Josué cuando murió; para probar con ellas a Israel, si procurarían o no seguir el camino de Jehová, andando en él, como lo siguieron sus padres. Por esto dejó Jehová a aquellas naciones, sin arrojarlas de una vez, y no las entregó en mano de Josué" (Jue. 2:20-23).

Cuando Israel permitió que los cananeos vivieran en la tierra, éstos vinieron a ser una fuente de problemas. A través del curso del tiempo, la maldad de los cananeos infectó al pueblo de Dios, e Israel se volvió justamente como las naciones a su alrededor. Perdió la visión de su propósito como el ejército santo de Dios, se apartó de la Ley de Moisés, y corrompió su adoración. De esta manera, el legado del llamado de Dios a la guerra trajo perjuicio a Israel.

El fracaso de Israel en la conquista me recuerda una conversación que tuve con un oficial que atendía casos de delincuencia juvenil. El lamentaba verse a menudo con la necesidad de tomar cierta decisión: "El problema más grande que tengo es enviar a jóvenes menores al centro de detención. Si es que corrigen la dirección de su vida el haber ido allí es lo mejor para ellos. Pero la mayoría de las veces los muchachos menores se dan por vencidos en sus esfuerzos por mejorar. Luego entran bajo la influencia de muchachos mayores quienes les enseñan más formas de violar la ley."

De manera semejante, nosotros nos damos por vencidos en las batallas que enfrentamos. Escuchamos el llamado a la batalla espiritual y entramos al mundo por Cristo. Pero ¿Qué pasa muy a menudo cuando empezamos a pelear nuestra guerra santa? Entramos al mundo del arte, de los negocios, de las organizaciones cívicas y de las escuelas para ejercer influencia, pero perdemos la visión de nuestra meta. Transigimos con el mundo sin llegar a la victoria total. Disminuimos nuestro celo de oponernos a la rebelión contra Dios y somos llevados a las prácticas del mundo. Nuestras familias, negocios, y aun nuestras iglesias son corrompidas por las influencias malignas que nos rodean.

El llamado a la conquista no era defectuoso en sí mismo. Nuestro llamado a la guerra santa enriquece nuestras vidas de muchas maneras, pero tomamos estas bendiciones de gracia y las convertimos en un algo que nos daña. Nunca debemos descartar lo que Dios hizo para nosotros a través de Moisés. No obstante, debemos también reconocer que no fue suficiente para darnos la dignidad total.

DOS EFECTOS DE DAVID

Roy nombró su negocio de carros usados: "Autos usados: *Mis hijos y yo.*" "Nombré de esa manera el negocio," Roy recordaba, "porque estaba seguro que mis muchachos estarían en el negocio conmigo."

Los dos hijos de Roy trabajaron por un tiempo para su padre. Ellos lavaban carros después de ir a la escuela. Durante los veranos aprendieron cómo hacer reparaciones simples. Después de la graduación de secundaria, Roy dio a los jóvenes acciones de la compañía y les enseñó cada aspecto del negocio.

"Les di a probar el éxito," dijo Roy, "y ellos me dieron la espalda." Después de tan sólo un año, los hijos de Roy se fueron para empezar su propio negocio de carros a unas cuantas cuadras. "Les di tanto que pensaron que ya no me necesitaban," dijo Roy con una sonrisa maliciosa. "Fue entonces cuando les mostré la diferencia entre ser mis socios y ser mis competidores."

Los hijos de Roy habían cometido una gran error. Llegaron a estar tan orgullosos de su rápido éxito que fallaron en no recordar quién hizo posible aquella buena fortuna. Sólo pasaron seis meses para que aprendieran cuán difícil era ser competidor de su padre. Los jóvenes se fueron a la banca rota y perdieron todo lo que tenían.

Esta historia nos recuerda de lo que el pueblo de Dios hizo con las bendiciones del rey David. En el séptimo capítulo de este libro vimos que Dios amó a David con un afecto especial. Dios le dio riquezas enormes y estableció su trono como una dinastía permanente sobre Israel. Dios prometió a David un reino de importancia eterna. ¿Cómo afectaron estas bendiciones a la imagen de Dios?

Por un lado, el amor de Dios por David trajo muchas bendiciones. El tomó la vida de David y elevó su reino a las alturas del honor. Victoria, prosperidad y fama pertenecieron a David. El rey recibió tanto de Dios que exclamó: "Y lo coronaste (al hombre) de gloria y de honra" (Sal. 8:5). Cuando los descendientes de David heredaron su trono recibieron muchas bendiciones. La nación se expandió bajo Salomón y la fama de su gloria se dispersó por todo el mundo. Israel pasó de ser una nación insignificante a un poderío mayor por las promesas hechas a David.

Por otro lado, Israel reaccionó a las bendiciones de David de manera parecida a como los hijos de Roy reaccionaron a la bondad de su padre. Cada vez que el reino parecía estar seguro, los reyes y la gente se alejaba de Dios. Olvidando que Dios había provisto todo lo que tenían, el pueblo de Israel confió en la frágil seguridad del éxito externo en este mundo.

Repetidamente durante el reinado de la familia de David, los reyes se rebelaron contra Dios cuando tenían éxito. El mismo David se volvió a Betsabé cuando estaba en la cúspide de su prosperidad; su pecado trajo la espada a la casa real. El rico y famoso Salomón construyó capillas para los dioses de sus esposas extranjeras. Este pecado resultó en la división del reino. Rey tras rey tomaban el éxito en su reino como el

fundamento para rebelarse contra Dios. Su arrogancia llegó a ser tan agravante que Dios finalmente mandó al exilio tanto al reino del norte como al del sur.

Una secuencia es común en todos estos eventos. El pueblo de Dios vio cuanto tenían en este mundo. Sus bendiciones era grandiosas, nadie podía negarlo. No obstante, el esplendor de esos dones condujo a Israel a apartarse de su Rey celestial. En vez de ser más agradecidos, la nación se apartó de Dios confiando en la seguridad falsa de las cosas terrenales.

Recuerdo haber hablado con un adolescente un domingo por la tarde. El estaba ansioso por las inconsistencias en su caminar espiritual. "No se qué hacer" confesó. "El único momento cuando quiero a Dios en mi vida es cuando las cosas marchan mal. Nunca oro a menos que esté en algún tipo de problema. No quiero a ir a la iglesia a menos que mi vida esté hecha un desastre. ¿Qué me pasa?" preguntó.

"Algo que nos pasa a todos," respondí. "Todos tendemos a olvidar a Dios cuando las bendiciones nos rodean."

No somos diferentes a ese joven. Tampoco somos diferentes a David y sus hijos. Hemos recibido muchos dones de Dios porque somos herederos del reino de David en Cristo. Deberíamos gozarnos en estas bendiciones y servir a Dios con mayor fidelidad. Pero, ¿Cómo reaccionamos usualmente a ellas? ¿Somos movidos a la gratitud y obediencia? Algunas veces. Pero usualmente notamos que nuestras montañas de bendiciones bloquean nuestra visión de Dios. El señorío de Cristo se esconde de nuestra visión. Dejamos de sentir nuestra necesidad de Dios.

Los dones de Dios a través de David tuvieron dos efectos en la imagen de Dios. Trajeron muchas bendiciones positivas y un reino glorioso que no tendrá fin. Sin embargo, la obra de Dios a través de la vida de David tuvo efectos negativos también. Por ser pecadores permitimos que el esplendor del reino de Dios anule nuestra devoción hacia Dios mismo. Sus ricos regalos cautivan de tal forma nuestros corazones que perdemos nuestro sentido de dependencia y de servicio a El. Por esta razón, aun la obra mayor de Dios en favor de su imagen en el Antiguo Testamento no pudo darnos lo que necesitábamos. Debemos buscar más allá de David para encontrar nuestra restauración total a la dignidad como imágenes de Dios.

CONCLUSION

Dios hizo mucho por su imagen en el Antiguo Testamento. Nosotros nos arruinamos totalmente por el pecado, pero Dios nos alcanzó en los días de Noé, Abraham, Moisés y David. Sus dones nos han ayudado de maneras incontables; nunca debemos desecharlos. Pero estas bendiciones del Antiguo Testamento no fueron suficientes para restaurarnos a nuestra dignidad total como imágenes de Dios. ¿Qué necesitamos más allá de estas cosas? Como veremos en el próximo capítulo, necesitamos el don de Cristo.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿De qué manera los dones de Dios pueden tener efectos positivos y negativos en la raza humana? ¿Cómo este hecho nos lleva anhelar algo más de Dios?
2. Compare y contraste los beneficios y los problemas que tuvo la imagen de Dios en las bendiciones de Noé, Abraham, Moisés, y David.

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este capítulo se titula "Anhelando algo más"?
2. Haga una lista de cinco maneras en las cuales usted falla en hacer uso apropiado del don de Dios de un mundo estable. ¿Cómo puede usted cambiar estas prácticas usuales?
3. Describa a una persona quien abuse de sus privilegios delante de Dios. ¿Cómo podría él o ella evitar este problema?
4. ¿En qué área de su vida usted no ha cumplido su labor de guerra espiritual? ¿Cómo ha estado usted transigiendo con el mundo?
5. ¿Se ha visto usted (o a otra persona) distraído de la devoción a Dios porque posee muchos tesoros terrenales? ¿Cómo ha pasado esto?